

LA DEFENSA

Semanario Católico Regionalista del Ampurdan

Núm. suelto 5 céntimos

Núm. atrasado 10 céntimos

AÑO I.	Precios de suscripción.		FIGUERAS 28 DE MARZO de 1907	Puntos de suscripción.		N.º 14.
	Figueras, trimestre	1. ps.		En la imprenta, Redacción y Administración de este periódico, calle de Pep, 5, (antes Aviñonet). Figueras.	En Gerona, Librería de J. Franquet y Serra, Platería.	
	Fuera de Figueras.	1'50	Redacción y Administración: Pep, 5, antes Aviñonet	No se devuelven los originales.		
	Extranjero	2 id.				
	Anuncios y comunicados, á precios convencionales.					

Número extraordinario. ✠ Semana Santa de 1907.

Setmana Santa

Durant los vint sigles que porta d'existencia aquesta Esglesia, se 'ns ha vingut recordant, tots los anys á tots los fidels, ab la Setmana Santa, la sagnosa tragedia qu' es desenrotllá en lo calvari ahont veyém á un Deu fet home sufrir los tormentos mes espantosos; ahont plora las amarguras de la mort y 'ls dolors de la soletat una divina Verge; ahont se senyalá 'l limit que, tant per lo filosoph com per lo moralista é historiador, separa los dos monts: antic y nou, constituint la tomba d' el primer, ensemps qu'el bresol d'el segón.

Aquesta Setmana qu'ab tanta elocuencia parla al cor d'els cristians, ha tornat de nou inmutable, com á veritat divina qu'es, apesar de las perpétuas revoluciones y d'els móvils progresos de la impietat. Ja torném á contemplar los altars que s'ens presentan endolats; ja reperenteixent altre volta los tristos acorts qu'omplen los espayosos temples; la veu de las campanas, que desde 'l cloquer e'escampa per las vilas y ciutats, tristes altre vegada ploran, no siguent ja lo seu ressol el d' el bronze qu' en altres ocasiones brandaba alegrement; suspena la vida civil res pertorba 'l silenci, sentintse en alguna qu' altre ocasió un murmuri que torna restablir lo profons y misterios silenci; el moviment, la vida, tot desapareix, com si la tristesa de la terra, anés ab harmonía ab la d' el cel; tot se presenta parlant ab arrebatadora elocuencia als cors d' els verdaders cristians y presentant, á la vista de tots, los sublins y consoladors misteris de la redempció del llinatge humá. Recordém, en aquestos dias, aquell sepulcre d' ahont sorti l' idea que renová l' univers y la paraula que resoná per tot lo mont; tot ajuda á recordarnos en aquestos dias, al Redemptor d' el mont en la agonia; recordém la cruenta escena en que, ab suplici afrentós y entre malfactors, espira l' Home-Deu que salva la inmensa valla de la mort en que caiguerem en la terrible feta d' el Paradís;

tot ems recorda aquell dia d' amor en que la mort d' un Home-Deu uni aquest mont qu' habitém ab lo mont qu' en diem sobrenatural; tot se presenta, en una paraula, com á senyal misteriosa de la escena qu' es desenrotllá, fá prop de trescents setanta cinc llustres, en lo mont calvari y 'ms invita á reculliment, á penitencia, oració, santas meditacions, al mateix temps qu' á íntimas alegrías, per commemorar, ab tots els actes d' aytals dias, la nostre redempció.

Desde 'l dia en que l' Esglesia nostre sante mare va comensar á existir y á extendrer sos fruits per la terra, s'ha vingut celebrant aquesta festa cristiana per excelencia, aquesta Setmana Santa, fentsens aixís memoria d' els sublins misteris de la pasió y mort d' aquell que va venir á portarnos la pau y deixarnos la herencia de la seva creu, donantnos ensemps la proba d' el seu especialíssim amor envers nosaltres. Práctica santa ensenyada ja als primitius cristians per la mateixa Santissima Verge y per los apóstols, tinguentla per la més celebrada y més principal en tots los temps y en tots los llochs: en las Sinagogas convertidas en Esglesias; en los llochs secrets com en los subterranis de las catacumbas, cuant se 'ls perseguia; en la edad mitja com consta per ses crónicas y poemas; y en tots los temps, fins avuy, siguent sempre la més venerada per totas las ciutats católicas, en aquestos dias; un punt de vista en el que lo que faltaba de solemnitat sobrava de gravetat, suplint la primera lo que faltava de la segona. Tot aixó ha vingut constituint fins avuy un timbre gloriós de totes las nacions civilisades; una de ses més bellas características en el mont.

De tot aixó envejós l' esperit sectari ha fet tots los esforços posibles per ferho desapareixer y ferho passar al panteón de l' historia, y no solsament, en certa manera, ha pogut veurer satisfets los seus plans, fent passar al olvit tant santas tradicions, sino qu' ha conseguit apoderarse d' alguns, aborts de la especie

humana, á n' els qu' ha fet declarar enemichs d' aquestas, guiats per lo seu ateisme, redoblant per medi d' ells lo seu furor satánich, vomitant las més horripilants blasfemias ab los seus repugnants periódichs á manera d' altres faritseys qu' están sugestionant á la massa ignorant, exitantlos á renovar aquell crit de ¡Crucifige, crucifige eum! é incitantlos ab la seva gola, fentlos semblants, ó pitjors qu' els irracionals, juntantse ab despreciables conciliabuls, ahont tenen lloch los seus sacrilechs banquetes de promiscuació y horribles profanacions, qu' es verifican fins en moltas de nostres ciutats, ab lo sols intent de bofeteixar de nou á Cristo y escupir á la seva Esglesia, arribant, en moltas ocasiones, á profanarse en los satánichs convits que tenen lloch en los mateixos moments en que nostre divi Redemptor está patent en lo monument, per la veneració d' els fidels, sagradas Formas, robadas al sacrari d' alguna Esglesia, parodiand al que celebrá Jesús en la institució de la sagrada Eucaristia, y per befar de nou á n' aquest, y si no per tornarlo á condempnar á mort, es porque no poden, puig que después de la execució de la fatal sentencia de Pilat, resucitá gloriós per estar sobre cuants intentin alzar, fins sa sola voluntat, contre d' ell y per aixó, sempre en va s'afanará l' esperit sectari, ab sos infernals esforços, puig que cap fruit pot treuren, si no es la ruina y condempnació d' els seus procelits.

Aquestas santas tradicions que tants dias d' existencia contan, á pesar d' els seus esforços per desterrarlos y de las sevas parodias per corrómprerlas, seguirá ab la seva solemnitat y grandesa, ab lo seu esplendor y magnificencia, ab la seva puresa é incorruptibilitat, fins á la fi d' els sigles, tal com s' ha vingut conservant fins are.

M. Q. y G.



AGONIAS

I.

La luna ocultaba su disco de plata

detrás de ténues neblinas, extendida cual faja de encaje, de seda á lo largo del firmamento. El céfiro nocturno gemía tristemente abriéndose paso por entre los altos cedros de los montes próximos, perfumando el ambiente con las olorosas emanaciones que de ellos recibía. Los chacales de las selvas vecinas enviaban á las estrellas sus feroces aullidos, y los buhos pasando de unas copas á otras de los árboles dejaban percibir de vez en cuando su vuelo pesado y monótono.

Y en la oscuridad de la noche, doce hombres dejaban á sus espaldas la ciudad de Jerusalem dormida, y se disponían á cruzar el torrente Cedrón, en dirección al huerto de Gethsemani. Iban silenciosos, mudos, absortos y solo se escuchaba el eco de las pisadas y el jadeo de la respiración.

El que llevaba la delantera sería de unos treinta años, y, á pesar de que vestía la túnica sencilla de los hijos de Nazaret, su semblante dulce y expresivo y su porte magestuoso revelaban una nobleza y prosapia nada comunes. La cabellera caía en gracioso desorden sobre sus hombros, dejando completamente despejada la nacarada frente de aquel Varón, hermoso como el día y agradable como la sonrisa del cielo. Andaba con marcada precipitación: se hubiera dicho que una misión sublime enderezaba sus pasos hacia el monte de las Olivas.

Aquel hombre era Jesús, el Redentor del mundo.

Había caminado un buen rato entre las espesas sombras de los árboles, cuando se detuvo.

Volviéndose luego á los que le seguían dijo con aire misterioso y solemne:

—Simón, Juan y Santiago, venid conmigo.

Y á los que quedaban agregó: —Orad vosotros entretanto, para que no caigáis en tentación.

Adelantando unos cuantos pasos juntamente con los tres escogidos, dijoles con melancólico acento:

—Mi alma está triste hasta la muerte. Esperad aquí y velad conmigo.

Y lanzando un suspiro, el Hombre Dios cayó de rodillas sobre la tierra á la sombra de los olivos.

II.

La obra de la Redención había comenzado.

Un sudor copioso bañaba el rostro divino de Jesús; de su pecho escapaban angustiosos gemidos y aquel cuerpo, antes erguido, se iba doblando sobre sí mismo, cual débil caña, hasta dar con la frente en el suelo.

Cien ideas, á cual más sombría, se agolpaban á la imaginación del Nazareno: horrendas prisiones, insultos sangrientos, bofetadas, salivas y escarnios... Azotes ignominiosos que debían dejar su cuerpo llagado, corona de espinas sobre aquellas sienes dignas de llevarla de oro y diamantes, muerte de cruz entre horribles sufrimientos y junto á sí la tierna Madre con el corazón traspasado de dolor...

Entonces dijo Jesús:

—Padre mío; ya que todas las cosas te son posibles, aparta de mí éste cáliz; mas no se haga lo que yo quiero, sino ante todo tu santísima voluntad.

Y los que le habían acompañado, todos dormían como si nada les importase la inmensa angustia de su Maestro.

Jesús se levantó: su rostro estaba cubierto de gotas de sangre, cárdenos los labios, hundidos los ojos, lívidas las manos, mesados los cabellos.

Y viendo como dormían sus discípulos dijo á Simón Pedro:

—¿Cómo, ¿ni una hora habéis podido velar conmigo? Velad y orad para que no entréis en tentación. El Espíritu, en verdad, pronto está, más la carne es flaca y el cuerpo débil.

El Redentor fué á postrarse segunda vez y sus angustias crecieron imponderablemente. No ya los enemigos cooperarian á la pasión, sino hasta los amigos y discípulos á quienes de entre la multitud había elegido para colmarlos de sus favores. El Iscariote, aquel empedernido apóstata á quien poco ha con amor y caridad lavara los pies y le dió á comer su Cuerpo y á beber su sangre, estaba cerrando el trato de venta con los Escribas y Fariseos por la mezquindad de treinta dineros. Pedro, el que debía ser el fundamento de la Iglesia y cuya distinción había llevado al extremo de entregarle la supremacía sobre los apóstoles y depositar en sus manos las llaves del reino de los cielos, le negaría tres veces consecutivas ante el temor de caer en desgracia de una doncella, criada del pontífice. Y los demás discípulos... ¡ah! huirán despavoridos cual grey dispersa, ocultándose unos, acobardándose otros y todos abandonándole.

Y Jesús repetía su oración:

—Padre mío, si no puede pasar éste cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.

Volviendo entonces á sus discípulos, les encontró nuevamente dormidos porque sus ojos estaban cargados de sueño.

Por tercera vez fué Jesucristo á postrarse y sus congojas aumentaron más aún. ¿Cómo pagaría el género humano

el beneficio que se disponía á obrar? ¿Para cuántos se derramaría inútilmente la sangre divina en el árbol de la cruz? De dos ladrones que á su lado morirían el uno ya despreciaría su mediación poderosa... Vendrían luego perseguidores sistemáticos y sanguinarios que martirizarán sin piedad á la porción escogida, más tarde surgirán apóstatas imitadores del discípulo traidor, prontamente mudarán la faz de la tierra heréticas, sectas extrañas, errores funestos y abominables sofistas. La blasfemia hará del mundo un infierno. Las disensiones entre los hombres crecerán, el sensualismo adquirirá proporciones alarmantes, y el desorden invadirá todas las esferas de la sociedad. Las puertas del eterno abismo estarán abiertas para un inmenso número de prevaricadores para quienes la ley de Dios es pura fórmula...

—¡Dios mío! ¡Padre mío! Traspasa, si quieres, de mí este cáliz tan amargo; mas no se haga mi voluntad sino la tuya.

La luna rompió entonces sus celajes y envió una mirada de compasión al Hijo del Hombre, quien tenía el rostro bañado en sangre, efecto del sudor que había padecido.

III.

Un resplandor celeste alumbró el espacio donde se desarrollaba la tan divina á la par que trágica escena.

Jesús alzó la frente.

Un mancebo hermoso, cuyo vestido era blanco como la nieve del Líbano se hallaba ante El mostrando un precioso cáliz de oro, que llevaba delante del pecho.

Aquel mancebo era el emisario de Dios: el ángel del consuelo.

—La paz sea contigo,—dijo el ángel.

Jesús suspiró.

—Hágase la voluntad de Dios—añadió el emisario divino.—El ha decretado que su Hijo muera por la salvación del linaje humano y para mayor honra y gloria suya. Los patriarcas y los profetas declararon ya la grandeza de esa obra estupenda de los siglos, y aguardan en el limbo de los predestinados el día de su total consumación. El mundo deseó ver este día tuyo que con ser de tristeza es al mismo tiempo de eterno regocijo y de gozo inalterable. Tu nombre será exaltado desde este momento y á la muerte ignominiosa de cruz sucederá, por disposición del mismo Eterno Dios, tu resurrección gloriosa para jamás tornar á morir. El justificará con una infinidad de milagros obrados en su nombre que el que murió de todos abandonado y de muchos escarnecido, es el Hijo en quien tiene puestas sus complacencias...

El ángel se detuvo un instante como para tomar aliento.

Jesús decía entre tanto:

—Hágase, Padre mío, tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Y el ángel continuó:

—Tus discípulos, hoy acobardados, sembrarán mañana por todo el universo la semilla de tu palabra divina y sellarán la predicación de esa doctrina celestial con su sangre, que será á la

vez semilla de otros héroes, y tu Iglesia se extenderá del austro al aquilón, de un polo á otro polo, de un confín á otro confín, columbrándose en todas partes enhierta esta misma cruz que hoy es signo de ignominia. Mil coros de vírgenes y confesores cantarán eternamente tus alabanzas en la región de los justos, los bosques y las montañas se poblarán de solitarios, las ciudades de monasterios y las tribus recibirán con aplauso las flotas de misioneros porta estandartes de tu nombre... Cúmplase, pues, la voluntad de Dios y sus eternos designios.

Una expresión inefable de dulzura asomó en el divino rostro de Jesús y dijo:

—Así sea.

Desapareció el ángel y con él, el blanco fulgor, que fué sustituido casi repentinamente por un fulgor rojizo.

Eran las antorchas de la cuadrilla que iba á prender á Jesús.

Rosendo Fortunet y Busquets Pbro.

Cap al Calvari

Cap al Golgotha fa via Jesús, lo divendres san; Una anima 'l seguia, contemplán l' Anyell sagrat.

—Bon Jesus, dalt del Calvari, —li deya—¿hi pugeu tot sol? —¡Oh si sol pugués pujarhi molt milló fora—respón.

«Mira be anin ' aymada, de companys, aquí si 'n tinc; me acompanya una gentada de blasfemos y butxins.

«Per companys, ta pensá 'm dona un munt de mals pensaméns, que arc forman la corona, que la testa me punyeix.

«Ta blasfemia que ¡ay! espanta y tu dius á cada instán va forján la creu pesanta que mon cos fa doblegar,

«Los desitjos vanitosos que hi anihuen al cor teu, son los claus grans y orrorosos per furadarm mans y peus.

«Y aqueixas accions malvadas que comets sens discreció, son properes martelladas que subjeterán mon cos,

—«Aqueix' es ma companyia: afegeix Jesús plorán; —Los companys que aváns tenia arc m' han abandonat.»

De gonólls l' anima queya y énternida 'n eix momént, á Jesús aixis li deya, abràssán la seva creu;

—Bon Jesús; dalt del Calvari no vull pas que hi pugeu sol; també jo 'n ell vull pujar-hi per poguer morir amb Vos.

Francesch Gay



Calle de amargura

Con rostro sañudo y centelleante mirada, reflejo de pasiones indómitas que se agitaban rabiosamente convulsas en el tenebroso interior de aquellos seres egoistas, pasaban, crispadas las manos, lívido el semblante por el tormento cruel que torturaba su espíritu, con afectada gravedad y andar mesurado, simulando una piedad externa, pero fría, como sus corazones de hielo, que condenados á morar dentro de aquellos

pechos rencorosos que incubaban todo eponzofioso virus de las iras semitas, cuyas amargas hieles acibaraban sus almas, palpitaban con perceptible celeridad. Eran los fariseos, disfraces de fervor, ciénagas internas, á semejanza, del sarcófago que ostenta todo un exterior de derroche artístico para distraer á su admirador de la podredumbre que oculta en su seno; insidiosos sofistas, *sepal-cros blanqueados y raza de viboras*, como les dijo el Hijo del Hombre sobre quienes ellos iban á descargar todo el peso de sus venganzas y de sus envidias.

La cohorte romana, cubierta de hierro como lo estaba la libertad de aquel pueblo, custodiaba Aquel que subía hacia el Gólgota á romper las cadenas del espíritu y á borrar los caracteres de la esclavitud, garantizando con su sangre su doctrina y dando un mentís al reinado de la muerte.

Entre estúpidos sayones y verdugos inhumanos, abrazado á la cruz cuyo peso le encorvaba, iba angustioso, lánguido, desfigurada la faz, coronado de espinas y chorreando sangre el Cordero que quitales pecados del mundo, el Justo que se inmolaba por los pecadores, elevando al Padre súplicas de perdón para los que llovían sobre Él soeces insultos, injuriosos dicerios, bochornosas calumnias, atropellos bárbaros que flagelaban su cuerpo y laceraban su espíritu.

De repente, de la inmensa y confusa multitud que le seguía, amontonada falange de extrangeros curiosos y judíos seducidos por las arteras mañas farisáicas, salió presurosa, hinchados los ojos de tanto llorar, pálida como quien presiente un trágico desenlace, desvanecida como el que ve cumplidos sus sombríos temores, una mujer que con los brazos abiertos atravesó las filas de los soldados y abriéndose paso por entre los compactos verdugos, abrazó con efusión á la inocente Víctima. Era María. Aquellos ojos le miraron ansiosos y le hablaron con los de enamorada, para sustituir á los lábios, que entorpecidos por la congoja anudada en su pecho, no les dejaba articular palabra. Aquella mirada, enturbiada por tan aflictiva pena, penetró hasta el corazón, y al ver María sumido á Jesús y confuso en las oquedades de una profunda tribulación, compungió su alma sintiendo infiltrarse en sus entrañas el más agudo dolor... y lloró. ¡Lágrimas que vertía la Madre y destilaba el corazón del Hijo, torturado bajo el peso opresor de aquel trágico encuentro!

Las vaborosas ojeadas del pueblo deicida que festoneaba las calles de Jerusalén, se clavaron en aquel cuadro patético, capaz de arrancar de cuajo el odio que había concebido al Nazareno, á cualquier corazón menos exento de sentimiento que el de aquella raza obstinada, que indiferente contemplaba tal sufrir.

...Y la Madre, como la hiedra se apoya al árbol, para no desmayar y anegada en oleadas de llanto, continuaba abrazada al Hijo que concentraba toda la robusta energía de su voluntad divina, para atenuar la afición del más tierno corazón de madre,

Un brutal empujón les separó.

Densas nubes empañaban el firmamento.

El sol empezaba á palidecer y sus rayos oscilantes y moribundos presagiaban una noche prematura.

* * *

A través de la neblina del tiempo, se destaca aunque borroso en su relieve,

siempre impresionante, este detalle interesante de aquel cruento drama; y á pesar del rodar de los siglos, llegan á nosotros conmovedores el latir del corazón atribulado del Hijo y los tristes y dolorosos suspiros de la afligida Madre.

A. B. y G.

À la Verge dels Dolors

Mare dels set dolors, Verge Maria, jo os veig ab vostre Fill en l'agonia abressada á la Creu!

les llarmes que vessant regan la terra, del Calvari alterós, l'esquerpa serra, suplici del gran Deu.

Oh quita dolor mes gran deheu sentirne al cop d'aqueixa espasa! Qui sufrirne com Vos jamay podrà?

No podrán, nó, les dones de esta vida qu' es terrible y mortal vostra ferida com cap al mon n' hi haurá.

Jo us vull acompanyar en eix martiri, puix que sofrir ab Vos es mon deliri del arbre sant al peu;

Vullaumhi, donchs, oh dolsa Mare meva, vull ser crucificat ab Vos sens treva, com ho va ser mon Deu.

R. JUANOLA.

¡AVE CRUX!

Retrocedamos los veinte siglos que forman la Era Cristiana y nos encontraremos de lleno en el seno de una sociedad, ya decrepita, caminando entre sombras de muerte, proxima á aniquilarse á si misma en insondable abismo, al empuje de los mas degradantes vicios que por momentos van minando su ya harto desquiciado organismo social. Síntesis un día de las bellezas de la Creación el linaje humano, cuando purísimo y resplandeciente, según la idea divina, saliera al influjo suave del Todopoderoso, del oscuro y espantoso caos de su nada, mas tarde prostitua, en el colmo de su ingratitude, tanta grandeza al prurrito vil de sus infames apetitos, que por momentos debieron internarle más y más entre densas y asfixiantes nebulosidades de muerte.

¿Como presumir siquiera en la naturaleza humana tan íntegra restauración, que pudiese competir en esplendor y grandeza á su esplendor y grandeza primitiva?

No se hizo, sin embargo, esperar el Restaurador, quien por un fenómeno singularísimo, único sin duda en la Historia del genero humano y como base sistemática de su misión divina, venia á contrarestar, á oponer dique infranqueable, al empuje avasallador de todas las pasiones desencadenadas en el corazón del hombre. A su solo aspecto debía cejar para siempre en sus arbitrariedades tiránicas, el coloso Imperio de Roma, que cien veces en su condensación pavorosa redujera á desengaño definitivo las pretensiones altivas que tuviera la raza semítica sobre el mundo, cobijando á la sombra de la Cruz sus grandezas: sus discípulos venian á confundir al Areópago, los grandes monarcas de la tierra debian, desde aquel entonces, fijar en su divisa la más preciosa de sus joyas, marcándola en sus gloriosos estandartes como el mas brillante de sus trofeos.

Sonó la hora de los grandes símbolos, é interin preparaba en Jerusalem el Hijo del Hombre el portento mayor que jamás presenciaron los cielos, los escribas y fariseos hablaban al pueblo que, siempre falto de saber, siempre debil y sugestionable, se prestó gustoso á perseguir al gran profeta al eco destemplado y unánime de este grito «muramos todos con tal que muera el que se dice Dios»: eco delirante y rabioso que desde entonces, pasando á formar etapa culminante en la Historia del orgullo humano, halló una vez más el testimonio de tantas profecias, tantos milagros que acreditaban divina á la víctima de sus furoras. ¡Hecho singular y fecundo! Sin duda en él se inspiró el gran Donoso Cortés cuando exclamaba: «Jesucristo no venció al

mundo por los milagros y profecias sino á pesar de todas estas cosas»

Jesucristo propicio á apurar hasta las heces el caliz de amargura, sube cargado con el leño santo del sacrificio la áspera cumbre del árido Calvario; por un momento palidece el azul celeste de la atmosfera y el seno del Gólgota late de espanto: un acento lúgubre y lastimero interrumpe aquel cuadro de horrores: es la voz del divino Jesús que clama al Eterno Padre bañado en lagrimas «Padre mio, padre mio ¿por qué me has desamparado?» Al timbre de esta voz despedaza su seno la luna y torrentes de sangre corren á confundirse con las aguas del inmenso Océano, mientras en sus horrosos surcos ocultan su confusión los espíritus infernales para no presenciar el sacrificio: algunas aves del desierto revolotean perdidas sobre las ciudades, que están envueltas ya en el silencio é inmensidad de la noche, mientras los olivos del vecino monte ven sus lánguidas sombras pobladas de muertos, que abandonan sus frias osáides.

La redención toca á su fin: con voz fatidica anuncia desde la Cruz Jesus moribundo, que todo lo Antiguo está ya consumado. Un silencio pavoroso sucede al desconcierto mancomunado de todos los elementos llorando á su Dios: nada se distingue ya en la Creación sino una Cruz, un hombre muerto en ella y postrado á sus pies un capitán, que golpeando su pecho exclama: «Verdaderamente este hombre era Dios»

Maria, la cariñosa Madre, sola, triste en su inmenso desconsuelo.

Mas tarde, el espíritu cristiano, fecundizado por la sangre generosa de millones de mártires, que sostuvieron con denuedo por espacio de 3 siglos lucha colosal con la saña despiadada de los poderes, tomó incremento en aquellos corazones, antes secos, que á su influjo reverdecieron al rocío suave de la gracia, y cuando un día se vió abrazado por inteligencias sabias de venerables griegos, en nada varió por esto el evangelio, cuyas ideas fueron dictadas para reinar sobre Roma, sobre Atenas y sobre todo el mundo, cuyo fondo no podia ser alterado por ciencia alguna. No fué la memoria de Homero, ni Platón, ni Aristóteles la que absorbió la doctrina apostólica; esta fué la que, tendiéndose como un velo de luz sobre los mares y los cerros, que infundió sentimientos á los poetas y profundas ideas á los filósofos, eclipsó la antigua gloria y pretendida inmortalidad de estos, enseñando así, con lección tan elevada como tremenda, que si la Grecia era la luz del mundo Antiguo, el Cristianismo vino á ser luz de luz, verdad de verdad. Y no fué menor la influencia de la Cruz en la prosperidad de los pueblos; porque de la verdad evangélica, penetrando en los corazones, enseña á todas las clases cuales son sus deberes, cuyo cumplimiento resolveria en primer término la tan pavorosa cuestión social que hoy se agita; á su sombra benéfica toma también grande incremento el desarrollo y civilización de las naciones, pues al par que por las enseñanzas de la Cruz se trasforma el mundo y se moralizan las costumbres, fuente de progreso moral y material para las naciones, elevan ellas los corazones para que latan al impulso de sentimientos nobles y dan ejemplos de virtud, llevada al heroísmo, á nuestra sociedad moderna, que tan necesitada está de ellos, por los muchos gérmenes de corrupción que encierra y los escasos caracteres que cuenta.

El literario, el político, el economista, cuantos han de discutir en la prensa y en los Congresos acerca de los grandes progresos que agitan hoy las inteligencias, deben reconocer con sumisión que la página tan admirable como inmensa de la Cruz aportó á la sociedad una misión altamente social, y es ella la sintexis histórica de la reconstitución de la familia, de la abolición de la esclavitud y de la formación de las grandes nacionalidades que se han infiltrado todas de su espíritu. ¡Ave crux spes unica!

CONSTANTE.

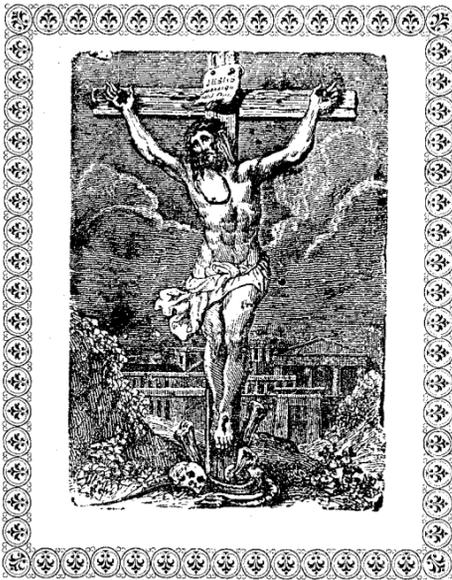
Dolors de María

Un pare sent viuient la mort del seu fill aymat; mes son cor paternal no reb, no, impresió tan forta, sino veu las congoixas y agonias que acompanyan á la mort.—Agar surt de la casa de Abrahán ab lo seu aymadet fill Ysmael en los brassos, mes durant lo llarch camí per l' desert y acabada la provisió, nota que l' seu infantet comensa á defallir...y no tinguent valor per veuerlo espirar lo deixa al peu d' un arbre, lluytan ab la mort y...fuig de sa presència y plorant exclama: «No, no tinch valor, no puch, no veuré morir al meu fill: non vi-debo moriem puerum.»—Ab l' ausencia de tal desgracia, apar com un alivio al mal y pérdua

que s' experimenta.—Mes, Maria, la Verge santa no vol aquíx alivio. Miréula inmóvil al peu de la creu; veu caure gota á gota la sauch del seu bon y estimat Fill Jesús, lo veu espirar... ¿qui pintarà la pena y el dolor que sent?—No te consol son cor ni repós s' ánima.—

Tot callaba al seu contorn; ni l' sol donaba llum, ni de la terra brotava la verdor de las plantas, ni las ayguas feyan soroll, ni ls aucells cantaban, ni las flors feyan olor, ni l' vent piulaba, ni l' mar roncaba, res, ben res, tot era quiet; es que la natura contemplaba á la Mare dolorosa y compadescuda, callaba per no llastimar el cor afligit de Maria—¿qui diriará tants torments y congoixas?—¿qui medebitur tui?—¿qui explicar podrá els dolors de la Verge? ¡oh! segurament que al desclavar á Jesús de la creu, Maria exclamará: «vina, vina Fill meu, vina á la falda de la teva Mare atigidissima, vina, vina als meus brassos que jó ab las mevas llágrimas vull rentar las tuas llagas, estimat de la meva ánima, prenda del meu cor, vina, vina ab mi...—Cuants y cuants grans dolors ha tingut que sufrir la Verge Maria y los ha sufert per nosaltres; cal donchs molt estimarla.

L. F. S. Pbro.



À LA MUERTE DE JESÚS.

Del monte criminal en la vertiente Reina el silencio, cual en noche oscura; Sólo el Cedrón, que baja mansamente, En lo profundo plácido murmura.

En el fondo del valle dilatado Ecos responden en confuso acento De las voces que el pueblo amotinada Lanza á merced del vagoroso viento.

Todo tristeza y soledad respira Cuanto acaee en torno del Calvario; Mayor quebranto al corazón inspira De la cima-el aspecto funerario.

Cruces y lanzas levantarse veo Sobre su vasta y pedregosa cumbre; Allí agolparse en ronco clamoreo El tropel de la ingrata muchedumbre.

Brilla el metal de lanzas y morriones Entre los guardas y la turba ardiente, Ya se adelantan bárbaros sayones Hacia la cruz do el Señor está pedndiente.

Y está colgado el que su excelso trono Sobre la tierra y sobre el mar asienta! ¡Y es aqui el blanco de infernal encono, Cubierto todo de baldón y afrenta!

Angeles santos, descendes del cielo Y á Jesús consolad en sus dolores... Mas no vengais, que este es su anhelo Padeecer por salvar los pecadores.

En medio del susurro y movimiento Dulces gemidos daba el moribundo, Y antes que exhale su postrer aliento «Sed tengo», exclama con dolor profundo.

De los falsos escribas atizado La aceda esponja vil sayón le alarga Y sobre el cuerpo frio y desangrado Nuevo tormento con la hiel descarga.

El Justo vá á morir...á cada instante Parece espira el hijo de Maria Porque ya palidece su semblante Con el blanco color de la agonía.

Los turbios ojos al empíreo cielo Dirige, y ruega al Padre sacrosanto Para encontrar el único consuelo Entre sus penas y mortal quebranto.

Padre, le dice, el cáliz he bebido. Muero y nací tu voluntad cumpliendo. Hoy recibe mi espíritu afligido; Padre mio, en tus manos me encomiendo.

Dijo; y las sienes con dolor levanta Doquier ceñidas de punzante espina Muere por fin y la cabeza santa Sangre manando sobre el pecho inclina.

Densas tinieblas sobre el horizonte La difundida oscuridad aumentan: Rajándose las peñas en el monte La muerte injusta de su Dios lamentan.

Horror y espanto eunde en el calvario. El sol se eclipsa á vista del tormento, Y en la ciudad el velo del santuario Se rasga de dolor y sentimiento.

Cielos llorad, que al Hacedor, pasmados. Aquí veis espirar en duras penas. Salvando está á los hombres, que alerrojados Gemian bajo bárbaras cadenas.

Pedro, Pbro. vicario.

TRIOMF

Devalla del Calvari un riu de sang que imonda l'efimera vilesa dels éssers maculats. Las mans crucificades cessant suags bondats alcan al mon enter que un noble alé feconda.

L, Amor encén la flama del cor diri profonda; volant deman els éssers, tots restan inflamats, y el sol eclipsant l' ombra de Crist els ha embolcats tan dolçament, que ignoran el gaudi cuan retorna.

La faç del mon lliurat reflecta joenesa.... El front suós, eesangüe, el Redemptor inclina al pés de l' obra ecelsa del poder dicid.

Ensemps Crist oprimit per la Mort am cruasa la ofega am fort abrac, car n'es Vida divina y enruna son imperi, tornan l'home immortal.

JOSEPH MORERA

El segundo

“Fiat,”

I. Mater Dolorosa.

El acibar de la pena que hoy apura afligida la Madre de dolor llena, del pecado la cadena rompe y nos da nueva vida, pues sin su dolor profundo cual fiat de otra creación, no se operará en el mundo el milagro sin segundo de la humana redención.

II.

¡Fiat lux!

Fue el mundo porque Dios quiso;

y á su palabra fecunda
como en magnético hechizo
con sólo su **fiat** hizo
que luz la tiniebla inunda,
y que del caor salieran
maravillas infinitas,
miles de seres que dieran
á los ojos que los vieran
pruebas las más exquisitas
de aquel inmenso poder
á ilimitada grandeza
á cuyo aliento pudo ser
cuanto ve y no alcanza á ver
la humana naturaleza.

III.

**Fiat mihi secundum
Verbum tuum.**

A ese mundo, corrompido
por el virus del pecado
y, en consecuencia, impelido
al caos de do ha salido,
á tinieblas condenado;
otra luz esplendorosa
debió volverle la vida:
luz que se condensó hermosa
en la Mujer prodigiosa
y sin mancha cocebida.

Fué Madre por que Ella quiso
y á su palabra fecunda
como en magnético hechizo
con solo su **fiat** hizo
que luz tal tiniebla inunda;
y si el Dios con largueza
tuvo bastante eficacia
por darla á naturaleza,
igual el suyo en grandeza
la dió al mundo la Gracia.

IV

Ecce Mater tua.

Nos dió luz entre dolores
y en sus pesares prolijos
van envueltos los amores
de Madre de pecadores
para dar vida á sus hijos.

Tanta grandeza atesora
aquel su **fiat** segundo
y el sufrir que hoy triste llora
que la hacen Co-Redentora
de los pecados del mundo,
pues que si el Gólgota ha visto
correr la sangre en tal día,
con tal sangre agua corría;
la Sangre de Jesu-Cristo,
las lágrimas de María.

V.

Monstra te esse Matrem.

¡Azuzena marchitada
por el fuego del dolor!
¡Amapola purpureada!...
¡Rosa de amor carminada
con la Sangre del Señor!
¡Tórtola que hirió de muerte
la espada del sufrimiento!
¡Afligida Mujer fuerte
que sombras de eterna muerte
nos dispó tu tormento!...
Te miro ¡Virgen Sagrada,
Madre de Dios Soberana,
mas que todo, desgarrada
por la vil octava espada
de la ingratitud humana!

Viste enlutado crespón
el templo en tu soledad
que hoy llora tu Corazón
la infructuosa Redención

de insensata humanidad,
que te affige despiadada
con un dolor tan profundo,
que bien llorara la espada,
de entrañas ha estar dotada,
este delito del mundo....

Por tu infinito valer
que tuvo tanta eficacia
que con solo tu querer
devolvernos logró el ser
á la vida de la gracia;
junto al trono del Señor
muéstrale ese Corazón
traspasando de dolor
y por el hombre pecador
clama ¡oh Madre! compasión!!!

Rafael Curandell y Paretas



L'apóstol vianant.

Es vianant l'apóstol; camina en la boscuria
entre seculars ombres, ignotes á la llúm
suau per la dolçesa d' ubriagant perfúm
que inonda l' armonia de mística cantúria.

Baix els seus peus la fulla seca no remoreja
cuan la vritat divina medita extasiat;
fulgeix am raigs son rostre d' excelsa majestat
y en son esguart de l' ànima la blancor aleteja.

Com una visió lenta petjan las súbtiles ombres
li devenen espectres d' abominables crims
quina buidor ocultan fantástiques penombres
que embolcan tenebrosas els etsrnals abyms.

En tant, llunyans s'oviran ontre lluissors dau-
[rades]

els murs y torres grises de plácida ciutat,
piadosament sotmesa á l' argent divinísat
pel sospirar ingénuu de víctimas sagrades.

S' egitan las entranyes del idol insensibles
y llú en sa mirada sinistre flamoseix;
adins son pit udolan am pérfid clamoreix
elsdiabiles que hi congrien los malvestats odibles.

Entre clarors radiantés de majestad augusta
oviran del apóstol el divinal encis;
y senten enrunarse á sos peus l' ara vetusta
veien desapareixer son ceptre fonedis.

L' esguart de la venjança la ciutat aterra;
de l' ira omnipotentia tém l' hábit destructor
que fréstech es revinclu amb hórrida clamor
á sa embranzida hercúlea sotraquejeant la terra.

Soptadament ignora sas vias la natura;
devé foscor inmensa la radiantia llum;
y la ciutat trementa una ona de pahura
envolca sadollada de clams, flames y fum.

Devant del Deu postrada, que iradament tre-
[mola,

llurs culpas la gent plora am plany de dolor
[greu;

al plor contrit unéxhi sa esgarrifança el Deu
y víctimas propicias el sacerdot inmola.

El Póntifex solemne diu mots misteriosos...
tremola el sant recinte de por al cant primer
que fervorós el poble salmeja al Deu sever
que en profesó l' ostentan augurs silenciosos.

Com flamejant esguart de la tempesta irada
un llamp en l' ombra vessa clarors sinistra-
ment...

un crit de ¡Jesus! vibra; y en rápida volada
la confusió s' allunya. El sol brilla esplendent.

Y la profesó es para. Com visió divina
l' apóstol vianant sonriu-li dolçament;
tan magestuós al véurel el Póntifex s' inclina;
creyent-lo un Deu el poble l' adora reverent.

Entre blancors desclou sa boca porporina
y deixa als fronts ençesa la llum de fe fulgent.

JOSEPH MORERA.



EL COLOR DE LAS VIOLETES

(Rondalleta de ma infantesa)

Jesús y María

cercaben floretes
del bosch per els marges
en mitj de les herbes.

El Mars comensaba,
feya encar fresqueta
á les matinades,
tantost tal cap-vespre.

Era 'l sol al pondrers
sublim tras la serre
virolant els nuvols
ab sa llum encese;
cuan son disch enfonsa
(ó aixís ho aparenta)
De claror volcánique
amarant la terra;
com si 'n l' apoteosis
de sa llum derrera
la corona al dia
poses, gran, inmensa,
en corals montada
de rubis y perles
qu' enceses reflexen
la llum del cap-vespre.

—No n' hi ha pas lo meu fill,
vindrá primavera,
are 'l mort es fresquet,
fá arraolir les herbes.—

Y mentres ho deya,
el vel de la Verge
un ventet joganer
d' espina 'l fá presa.

Mes ho veu lo infantó
y corre depressa
ha desfer de la espina
el vel que s' esqueixa
bo y deixant tres bolbes
color blau en terre,
entre herbey y espines
semblant tres floretes.

Jesús vol cullerles;
¡que n' eren de belles
color de blau de cel
del vel de la Verge!
més ¡ay! les espines
crudels el fereixen
y la sanch dels seus dits
les flors espurneijen!

Blau de cel y sanch rosade
fá el morat de les violetes,
la rondalle que la mare
(que gosi de gloria eterna)
me contaba quiscun any
al entrár á la Cuaresma
dígüent-me que son emblema
del amor del bon Jesus
y modestia ds la Verge,
per quin motiu son color
es el qu' ha escullit l' Iglesia
per mostrarnos als seus fills,
que n' es temps de penitencia
quant esclaten oloroses
per engarlandar la terre,
y que cal el sacrifici
abrássá ab voluntat ferma
si volem gaudi 'l perfum
d' aquelles altres violetes
que la sanch del bon Jesús
y modestia de la Verge,
per coronar als mortals
van plantar al cel per sempre.

R. Carandell Paretas



GACETILLA

Los solemnes cultos que en la
iglesia parroquial de Figueras se han
tributado á Jesús Sacramentado, en las
cuarenta horas de Semana Santa, han
revestido el esplendor de años anterior-
res, viéndose concurridísimo el hermoso
templo durante todos los diferentes ac-
tos con que la piedad háse honrado en
adoración del Divino Redentor.

Las diferentes entidades que han con-
currido á la mayor magnificencia de
tan solemnes cultos, realizando en entu-
siasmo, hacen muy difícil la reseña que
pudiéramos hacer de los piadosos actos
realizados y de la obra de las personas
que han tomado parte en los mismos.

Muy elocuente y dando gallardas
pruebas de su saber profundo estuvo en
su primer sermón, dicho en la hora que
está reservada para el Ayuntamiento,
el Rdo. D. Policarpo Leceta, Beneficia-
do de la Catedral de Barcelona, que
también tuvo á su cargo, cumpliéndolo
con igual maestría, los sermones pro-
nunciados en las horas destinadas á la
Cofradía del Smo. Rosario y Apostolado
de la Oración, de la Purísima Sangre de
N. S. J., Señoras de la Conferencia de
San Vicente de Paul, y la costeada por
D.ª Ana Moner, Vda. de Ros.

Fué el Rdo. D. Francisco Llover, vi-
cario de esta parroquia, el segundo de
los oradores sagrados que tuvimos la
satisfacción de escuchar, en la hora de
la M. I. Junta de obra, estando, como el
Rdo. D. Matías Estela, en la de sirvien-
tas, elocuente y persuasivo.

Gala de erudición y de dominio de la
la oratoria sagrada, hizo el catedrático
del Seminario de Gerona Dr. D. Ansel-
mo Herranz, en las hermosas oraciones
que pronunció en las horas costeadas
por el M. I. Colegio de Abogados y Se-
ñoras Pavordesas del Smo. Sacramento.
No desmereció de sus antecesores en la
sagrada cátedra el Rdo. P. Miguel de
Barcelona, quien pronunció elocuentí-
simos sermones al Imo. Claustro del Ins-
tituto General y Técnico, á la Asocia-
ción de Hijas de María, haciendo, en el
último, correspondiente á la hora del
Centro de Católicos, un espléndido re-
sumen de cuanto sus ilustrados predece-
sores habían con tanta elocuencia ex-
puesto.

A la altura de los mencionados ora-
dores estuvo el Rdo. Dr. D. Juan Gon-
zález Hernández, que predicó á la Aso-
ciación de señoritas y á las señoras Pa-
vordesas de la Purísima Sangre, confir-
mando la justa fama de que goza como
orador sagrado muy elocuente é ilus-
trado.

Nuestros muy queridos amigos D. Ro-
sendo Fortunet, Beneficiado de Calella,
y el Rdo. P. D. José Costafreda, de la
Congregación de S. Vicente de Paul,
que hubo de improvisar su preciosa ora-
ción, acreditaronse todavía más como
distinguidos oradores sagrados, en los
sermones que dijeron respectivamente á
la Asociación de jóvenes y á los colegios
de Médicos y Farmacéuticos.

En la hora destinada al Excmo. se-
ñor General Gobernador del Castillo de
San Fernando, ejecutó la banda militar
preciosas melodías de los maestros Cha-
pí y Marqués.

El coro de las Hijas de María cantó
con gran maestría el *Ave verum*, de Mo-
zart, y otra hermosa composición en la
hora de la Asociación de señoritas; y el
jovencito Emilio Pellisera, cantó un
magnífico himno, original la música del
Rdo. Lleys en la función consagrada
por la Asociación de jóvenes á Jesús Sa-
cramentado.

En la procesión del Angel que
se celebra en la mañana del domingo
de Pascua de Resurrección, se cantará
también este año el «Regina Celi», com-
posición del maestro Rdo. Don Isidro
Lleys, que se estrenó en el año próximo
pasado, y que tan justos elogios mereció
de los inteligentes.

Será cantada por el niño Emilio Pe-
llisera, con acompañamiento de orques-
ta y bajo la dirección de su autor.